

HOMENAJE A DON JULIO VICUÑA CIFUENTES.

La Biblioteca Nacional ha tomado el papel simpático de un hogar para los escritores chilenos.

Se ha rendido allí homenaje póstumo a la memoria de Eduardo Solar Correa y Omer Emeth, dos rudas pérdidas experimentadas por la crítica literaria chilena en los últimos tiempos, y se acaba de consagrar una sesión conmemorativa a don Julio Vicuña Cifuentes, el poeta, el maestro, el humanista perfecto que acaba de fallecer.

He ahí una noble y justa labor digna de gratitud.

Con asistencia del Rector de la Universidad, de un representante del Presidente de la República, miembros de la familia del extinto y altas personalidades, la velada tuvo



todos los caracteres de solemnidad requeridos y el significado de una lección y un reconocimiento de méritos.

El señor Director General de Bibliotecas, don Gregorio Amunátegui, puso de manifiesto el sentido de aquella manifestación en que se rendía tributo al talento y a la cultura de uno de los más insignes escritores nacionales y, en seguida, dos oradores analizaron la obra del prosista y del poeta que era Vicuña Cifuentes.

Raúl Silva Castro, minuciosa y concienzudamente, hizo el estudio bibliográfico y crítico del extinto y puntualizó el aporte de sus libros como investigador del folklore nacional, como tratadista de retórica — en la cual dejó leyes nuevas y definitivas — y como orador académico, tres aspectos que bastarían para consagrarlo como una personalidad eminente.

Roberto Meza Fuentes comentó al poeta de inspiración múltiple, al hombre emotivo que logró vaciar sus amores, sus alegrías y sus tristezas en imágenes de una belleza perenne, a un tiempo nuevas y antiguas, fuertes, translúcidas y resonantes como cristal bien tallado y llenas de sangre viva.

Las estrofas del poeta, dichas con acento vibrante de cariño, trajeron de nuevo a la reunión lo mejor de su espíritu y esa "alegría para siempre" que constituye el fondo de la belleza.

Santuario de los libros, la Biblioteca se honra a sí misma y cumple una de sus funciones esenciales — función de vida — al ren-

Crónica Literaria por ALONE

dir estos homenajes a los escritores que han servido la cultura chilena y pueden ofrecerse como ejemplo.

QUE MAS DA... novelas y cuentos, por Gloria Nova (Buenos Aires).

Hija de un hombre cultísimo, maestro de ciencias económicas que tenía su cátedra en los editoriales de "El Mercurio", emparentada por su madre con la alta sociedad santiaguina — y por este lado acaba de sufrir un gran duelo con la muerte larga y justamente llorada de una dama ilustre — "Gloria Nova" nos llega ahora de Buenos Aires en las páginas de un libro que deja entrever toda una vida de andanzas singulares, de sufrimientos terribles y acaso, en el último tiempo, de triunfos literarios.

Nada dice ella de sí misma; sus relatos y sus escenas presentan el aspecto más objetivamente impersonal; pero ¿podrá una mujer escribir dos líneas con verdad de corazón sin entregar algo de su íntimo secreto?

Desde luego se nos ocurre que el carácter de la heroína, ya esbozado en el título desafiante, corresponde punto por punto, en su actitud de resistencia heroica, al enérgico temperamento de rebelde que pintan las frases iniciales, en su estilo cortado y sugerente: "Así es que esto significa... No pudo terminar la frase. La voz se quebró en la garganta. El mundo se desplomó sobre sus hombros. Pero tuvo fuerzas para seguir erguida. Ante todo hay que mantener la línea — pensó—. Si hubiera tenido un revólver le habría ultimado a balazos. Sin piedad. O un cuchillo. Miró a todos lados". Así comienza.

Y así continúa.

Se trata de una historia de amor y del banal engaño eterno en que la mujer es víctima. Antaño, Gloria Nova se hubiera resignado mansamente; o hubiera buscado un convento para sepultarse; o habría acudido al suicidio. Ella lo piensa: "La muerte... La deshonra... El suicidio... Todo como en las novelas románticas y ridículas. No. Resistiría su dolor, su fracaso definitivo. Lo esencial era que ese hombre frío e inextinguible que así machacaba su alma y pisoteaba la delicadeza de sus sentimientos no comprendiera... No viera su pavor. Tenía orgullo". No encontró a mano cuchillo ni revólver; pero se forjó otra arma de agudo filo, y al cabo de los años hunde la pluma, tinta en veneno, hasta el corazón de la sociedad que no ha sabido protegerla.

Gloria Nova se va a un centro obrero y de Visitadora Social se convierte en comunista militante. Este nuevo romanticismo la acoge. Halla o finge un tipo de operario generoso, abnegado, sublime, con el cual forma pareja y que recibe al niño ajeno. Lucha por las reivindicaciones del proletariado. ¡Ya sabemos la canción! Ahí la suya encuentra coro y eco; suma su protesta a las protestas de la masa y, defendiéndose, defiende a los que sufren.

Todo ello ocurre en un vago Chile austral y carbonífero.

También podría suceder en otra parte.

La escritora no puntualiza ni entra en detalles de tiempo ni de espacio. Parece que

tuviera demasiada prisa y algo como el frenesi de la violencia. Nada de retratos. La acción descarnada y la pasión al vivo. Los rasgos concretos flotan y destellan en una especie de vacío que, por momentos, produce cierta sensación de insuficiencia, por lo menos al que busca terreno sólido y está habituado a la minuciosa prolijidad de la descripción naturalista. Gloria Nova procede por crispazos. Es cruda y valiente; no se asusta ante la expresión directa ni se vale de eufemismos suavizadores, aunque tampoco prodiga ni alarga las desnudeces. En el fondo, lo que le interesa, lo que la mueve y eléctriciza es la predicación o la propaganda social, y todo el resto se contrae como un resorte para servir ese propósito que constituye, al mismo tiempo, su nervio y su debilidad, la fuente de su energía moral y el límite de su eficacia artística. El final de la historia, que ocupa las sesenta y siete primeras páginas, copia los más exaltados ejemplares del primer romanticismo y cabría en un drama de Hugo o una novela de Sand. Ella da la vida por él. La zona carbonífera se ha levantado en armas. El joven obrero — Ziri, nombre significativo — recibe encargo de volar una mina; su camarada toma sobre sí la tarea y perece en la demanda. Antes del sacrificio, reflexiona: "Cuánto se habían amado, cuánto se amaban y se amarian aun a lo largo del tiempo y de las reencarnaciones. Sin embargo, jamás sus carnes se rozaron. Sólo tenía de él aquel beso casto y puro. Pero era un tesoro demasiado valioso. Aquel contacto valía mucho más que toda una existencia apasionada y vehemente". He aquí algo que no hacía esperar el desdén manifestado al principio: "Todo como en las novelas románticas y ridículas". Ese amor puro entre una bella mujer libre, madre soltera, y un joven obrero de hermosa presencia, apasionado y heroico, desmiente el realismo de que en tantos pasajes alardea la autora y nos lleva al plano del más atrasado romanticismo. La tesis triunfa vergonzosamente. Y el efecto parece a manos del efecto.

Después hay una serie de relatos cortos que se desarrollan en ambiente cosmopolita, entre escenas de vicios a lo Jean Lorrain, trepidantes de jazz, desarticuladas, saltanas. París, Norte América, amores de negros y blancas, puñaladas y manchas de sangre, cuadros cortados, diálogos incompletos, mezclas de espasmos espirituales y materiales, toda una confusión de claridades que, al cabo, forman un ambiente asfixiante, no se sabe si por el quebrantamiento de las líneas morales o de los moldes artísticos o acaso por la concordancia de ambos fenómenos.

¿Qué imagen queda, en definitiva, de Gloria Nova?

El de una escritora indudable hecha por su época y despedazada por su época. El caos contemporáneo la coge, la exalta, la engrandece y, al mismo tiempo, la destroza y esparce por el libro sus fragmentos, a los cuales debemos acudir para reconocerla.

CARTAS A LAS MUJERES ARGENTINAS, por Herminia Brumana (Edición Ercilla).

Cuando llegó, la madre le dijo: "Fueron a esperarlo... Están en el puerto desde las ocho de la mañana..." — No regresaron hasta las dos de la tarde. Venían descompues-

tas, con los zapatos rotos, hechas una lástima, lamentándose. ¡Qué gentío! ¡Qué bruto! "Pero, al fin, ¿lo vieron?" — Sí, lo vieron. — Y... ¿valía la pena? — Ni más ni menos: aquí tengo un botón de su chaqueta". Mostraron el botón.

Tal como Linneo constituía al animal entero con un pequeño hueso, podemos nosotros completar la escena y señalar a los personajes gracias a ese botón. Lo mismo sucedió en Santiago que en Buenos Aires. ¡En fin! Temíamos que sólo nuestras muchachas se hubieran vuelto locas.

Con agilidad periodística, con agudeza de observación y no sin malicia, Herminia Brumana, especie de consultora femenina, va señalando los puntos débiles que nota en la sociedad de Buenos Aires, y una vez pasa la cordillera para examinar lo que sucede en Chile. Dos de sus cartas se intitulan: "Cómo son las chilenas?" y "Costumbres chilenas".

Entre varios aciertos, algunos errores se le deslizan, inevitablemente, por la rapidez del viaje. Dice, por ejemplo: "En todas las profesiones liberales, en los menesteres de la calle, en talleres y fábricas, la mujer chilena se ha plantado de cuerpo entero y ha desplazado a los hombres". Aquí Herminia Brumana exagera. Ha visto arquitectas dirigiendo la construcción de rascacielos. ¿Dónde? Y agrega que pocas señoritas de la clase media se quedan sin profesión. Todo eso es excesivo. Se diría que los hombres se han retirado a la vida privada o cuidan de la familia. No tanto.

Le hallamos razón, en cambio, cuando celebra los triunfos del talento femenino y nombra a una joven autora teatral laureada en un concurso: "El Consejo Directivo del Teatro Chileno — escribe, pág. 199 — acordó por unanimidad el primer premio (tres mil pesos) a la obra "Nina", firmada por Gloria Moreno, seudónimo que corresponde a la señora María Ester Irrazábal de Larrain, que en su primera obra teatral ha logrado poner de manifiesto sus cualidades de escritora de gran porvenir literario". Herminia Brumana se regocija, y cree que todas las mujeres americanas deben llenarse de satisfacción por esa victoria de Gloria Moreno, símbolo del puesto que en la vida chilena están logrando las mujeres.

Otras cosas le llaman la atención que, en fuerza de verlas u oír las, nos pasan inadvertidas: la palabra *onee* para designar el te de la tarde; las parejas que se abrazan y se besan en los paseos públicos, como en París; las "guaguas", los "cabros" y las "cabras"; las nulidades matrimoniales que han hecho innecesario el divorcio y la suavidad sonriente, sin énfasis, sin "guaranguismo" del carácter chileno.

"Una mujer — pág. 304 — puede andar sola a toda hora del día o de la noche, vestida lo más extravagantemente imaginable, sin que nadie se atreva a molestarla".

Virtudes que nos ignorábamos y defectos que nos conocíamos aparecen aquí a la vista y, por unas y otros, el libro de Herminia Brumana, periodísticamente escrito, nos interesa y en más de una ocasión puede servirnos.

ISLAS DE MUSICA, poemas de Luis Merino Reyes (Nascimento).

Los libros de autores nuevos deberían, obligatoriamente, llevar prólogo. ¿Quién es Merino Reyes? ¿Qué edad tiene, qué tendencias

sigue, a cuál lado se inclina? El lector, a obscuras, debe guiarse por similitudes no siempre definidas.

Nótase aquí, en estas islas, influjo y reflujo de la marea nerudiana: hay imágenes denunciadoras, disociaciones de ideas y sentimientos, voluntarias incoherencias de expresión: "Y yo te amaba más allá de la súplica — y más allá de las antorchas distantes..." "Sin embargo, estás muerto... — Tiembla el recuerdo sobre el mastil livido. — ¡Oh! rudo halcón, vestido de regreso". "Eras tan simple y bella con tus cantos inútiles — con tu lenta tristeza, con tu impulso hecho trizas". Los ejemplos podrían multiplicarse y en todos, junto al eco indudable, hallaríamos que faltan el esplendor, la vehemencia, el atropellamiento visionario del modelo. Merino es un Neruda serenado y sin magnificencia.

Con mayor regularidad melódica. Lo mejor, a nuestro juicio, este Romance Negro:

Arde la hipnótica pista
y un jinete negro canta,
cae ceniza de música
sobre su pechera blanca.
Traza sus biombo, el humo
brincan su amor los fastasmas,
y hay mil negros que se fugan
con mil negras entusiastas.
El negro cuelga en el cielo
su risa como una lámpara
y se queda como un péndulo
fustigado por el alba.
Sus manos son los trapecios
luminosos de su canto,
y parece retenerlo
su corbata como un ancla.
Vuela la orquesta de negros,
hélices sus bocas blancas,
ríen las rubias desnudas
con sus caderas de danza
Y cuando emergen las islas
del amanecer descalzo
sobre la hipnótica pista
el frac de la noche nera.

Aquí, a la corriente de Neruda, mézclanse leves toques de Barrenechea; pero hay algo más, un ritmo en que, probablemente, el poeta original — Merino Reyes — asoma.

HASTA AQUÍ NO MAS, por Pablo Rojas Paz (Edición Ercilla)

Diríase un ensayo, una protesta, una proclama: es una novela. "Hasta Aquí No Más" significa, en lenguaje aborigen, Tucumán. El novelista argentino pinta las costumbres de su tierra. Y lo hace con brío, soltura y talento. En el centro de la obra, el protagonista, un hacendado, descubre la infidelidad de su mujer con un sirviente campesino. Toma tal venganza que no podríamos explicarla. El caso ha ocurrido aquí y causó un proceso resonante. También originó una novela. Allí el castigo se complica con refinamiento sádico y brutalidad salvaje, inconcebible. La obra deja, por lo demás, una impresión vigorosa de realismo.

Hemos recibido:

- La Ciudad de los Césares, novela por Manuel Rojas (Ercilla);
- Cuaderno del Trópico, por Darío Samper (Bogotá, Imp. Nacional);
- Vida de Jesús, por Mauriac, traducción de L. A. Sánchez (Ercilla);
- La Pampa Gringa, novela argentina, por Alcides Greca (Ercilla);
- Blanca Luz, por Blanca Luz (Ercilla);
- La Nave Tornasol, poemas, por Victoria Barrios (Nascimento);
- Mis Tinieblas, poemas, por Flora Díaz Parrado (Nascimento).